

EDUCACION PINTORESCA.

PERIÓDICO

PARA NIÑOS.



Núm. 9.º

ADMINISTRACION:

Calle de las HUERTAS, núm. 42.

MADRID.—1857.

SUMARIO. *El Angel*, por Z.—*La Virtud* (poesía), por don M. M. Flammant.—*Los Huevos de Pascua*, por J. G. B.—*Los Niños Reyes: El último Tudor*, por J. P.—*La Hija del Platero*.—*Las Mujeres y los Niños*, por don Antonio de Trueba.—*Plutarco de los Niños*, por don Modesto Infante.

Lámina que acompaña á este número: *El Angel*.



Lit. de J. Aragon.

Letre lit.^o

El Angel.

EDUCACION PINTORESCA.

PERIÓDICO PARA NIÑOS.

EL ANGEL.

CUENTO DE NIÑOS.



SIEMPRE que muere un niño bueno y humilde, descende un ángel de la mansion celeste, le toma en sus brazos, y extendiendo sus blancas alas, le lleva á dar su último adios á todos los lugares que amaba antes de dormirse en el seno de la muerte. Luego forman ambos un ramillete de olorosas flores para llevarle al cielo, donde adquieren una belleza de que en la tierra carecian: Dios en su infinita bondad bendice aquellas flores y da á la que prefiere del ramo una voz dulce y armoniosa para que desde aquel momento encante con sus melodias á los séres dichosos que le rodean.

Así decia un ángel á un niño que, muerto para el mundo, trasportaba al cielo en sus brazos. El niño le escuchaba como si todo fuese para él un sueño, y conducido por las alas leves del ángel, pasó rápidamente sobre los sitios

que há poco le habian visto jugar, y de esta suerte atravesaron jardines hermosos, cuyas flores exhalaban los mas dulces perfumes.

—Qué flores llevaremos con nosotros al cielo? dijo el ángel.

No habia entonces á su lado sino un rosal, que mostraba haber sido hermoso cual ninguno, pero que alguna mano brutal habia roto su tallo, y sus infinitas rosas que antes ostentaban orgullosas sus bellos matices, inclinaban ahora místicas y tristes sus lánguidas corolas.

—Pobre rosal! dijo el niño, dejando escapar un suspiro. Oh! llevadle al cielo, ángel hermoso, para que pueda florecer de nuevo en la presencia de Dios.

El ángel estrechó al niño cariñosamente por lo que acababa de decir: tomó el rosal, y después otras muchas flores, cuyos colores y aromas apreciaba el mundo, sin olvidar el silvestre lirio, ni la zarza-rosa rodeada de espinas.

—Tenemos ya bastantes flores? dijo el niño.

El ángel hizo con su cabeza un movimiento afirmativo, pero sin embargo aun no tomaron el camino del cielo. Era de noche; un santo silencio reinaba en su rededor: se detuvieron en una her-

mosa ciudad, y en una de sus mas estrechas calles, hallaron confundidos restos informes de cuantas cosas fueron útiles un dia, y son arrojadas por sus dueños cuando para nada valen, mostrando así la frágil naturaleza de todo cuanto existe. Allí se veian fragmentos de sillas, cacharros rotos, sombreros y andrajos, formando un conjunto desagradable á la vista.

Entre aquella extraña mezcla, el ángel mostró al niño los pedazos de una maceta, cuya tierra, fuera del barro que la habia contenido, formaba un terron tan seco por el tiempo, que habia adquirido la dureza de la piedra. Sin embargo de tal deterioro, aun conservaba las raices y tallos de una planta que parecia haber sido silvestre, y que habrian tirado á la calle por estar marchita.

—Llevaremos tambien con nosotros esta planta, dijo el ángel, y en el camino te contaré el porqué.

Entonces se alejaron de la tierra, y el ángel continuó:

—En esa estrecha calle que has visto, y en un piso bajo sombrío y húmedo, habitaba un pobre niño enfermo. Desde sus primeros años habia tenido que guardar cama, porque una dolencia incurable minaba su delicada constitucion. Cuando se sentia mejor podia únicamente pasear en su pobre cuarto apoyado en sus muletas, y recibir los débiles rayos del sol, que solo en algunos dias del año llegaban á reanimar aque-

lla cárcel. El niño se contentaba con este pequeño placer, y exclamaba: «Gracias á Dios que hoy puedo pasear.» No tenia ninguna idea del campo, ni del pomposo ropaje con que le viste la primavera, sino porque otro niño, vecino suyo, le traia por Mayo algunas ramas de árboles, que entrelazaba en los hierros de su ventana, recostándose debajo para recibir los rayos del sol que intentaban atravesar aquel espeso follaje, y escuchar el canto de algunos pajarillos que venian á solazarse en él. Un dia su amigo le regaló algunas flores silvestres, entre las cuales habia una que conservaba su raiz: pidió que se la pusieran en un tiesto, y éste en la ventana. La flor echó nuevos tallos, que se agruparon al rededor del primitivo, y cada año producía la planta nuevas y matizadas flores, constituyendo ella sola á los ojos del niño un pequeño jardín, su único tesoro sobre la tierra. Oh! de cuántos cuidados la rodeaba! Cómo procuraba que no perdiese los menores rayos del sol que llegaban hasta aquella ventana tan baja, tan escondida! La planta por su parte no era ingrata á tanto interés: cada dia mostraba á su protector nuevas galas y lozanía; para él desplegaba ese esceso de hermosura que otros no miraban sino con desdén; para él sola exhalaba su dulce aroma! Los ojos, el corazon, la dicha del niño estaba cifrada en aquella maceta, y así cuando Dios le llamó á su lado, hizo un último esfuerzo para despedirse con una

mirada cariñosa de su flor querida. Hace ya un año que ese niño habita en el cielo, y durante este tiempo la planta ha permanecido olvidada de todo el mundo, y por fin ha sido arrojada á la calle: es esta flor misma que nosotros hemos recogido, esta pobre flor seca que hemos colocado en nuestro ramillete. ¡Ella ha proporcionado dichas mas puras que las magnificas flores que crecen en el jardín de una reina!

—Pero cómo sabeis todo eso? preguntó el niño.

—Lo sé, respondió el ángel, porque era yo el pobre niño enfermo á quien la flor daba tanta alegría!

El niño alzó sus ojos para mirar al ángel, radiante entonces de júbilo y felicidad.

En aquel momento llegaron al cielo: Dios concedió al niño que acababa de morir, blancas alas semejantes á las del otro ángel, y á la pobre flor marchita, una voz dulce y melodiosa, para que en himno perpétuo glorificase al Señor en compañía de los querubines que rodean su escelso trono.

Z.



LA VIRTUD.

Arbol que estienes tus ramas
Sobre un mundo opaco y frio,
Y el benéfico rocío
Del cielo sobre tí llamas:
Sagrados frutos derramas,
Entre abrojos rudos creces,
Y en la sombra en que te meces
Cuando el huracan del vicio
Te dobla hácia el precipicio,
Mas tu tronco robusteces.

M. M. FLAMANT.

LOS HUEVOS DE PASCUA.

(CONTINUACION.)

III.

Hé aquí huevos en abundancia.



ACIA algun tiempo que la noble estranjera tenia el proyecto de recompensar los servicios y cuidados que habia merecido á aquellas sencillas gentes desde su llegada al valle.

Con este intento, crió cierto número de gallinas y juntó una gran provision de huevos; entonces mandó á Marta que fuese cabaña por cabaña di-

ciendo en nombre suyo á las madres de familia, que el día siguiente que era domingo, fuesen sin falta á hacerle su acostumbrada visita. Como es de presumir, todas engalanadas de fiesta acudieron á casa de su incógnita vecina.

Bruno había preparado en medio del jardín una gran mesa rodeada de sillas rústicas, y en ellas hizo sentar la dueña de la casa á todas sus convidadas. Al punto apareció Marta con un enorme canastillo lleno de huevos de una blancura sin igual, quedándose encantadas á su vista todas las carboneras.

—A Dios gracias, dijo la dueña de la casa, ya tenemos huevos en abundancia, que es verdaderamente una maravilla el golpe de vista que presenta tal cantidad de ellos. Esto sin embargo, no es todo mi propósito; quiero además enseñaros el gran partido que de ellos se saca en las casas, y las diversas maneras de arreglarlos.

Una gran cacerola llena de agua estaba ya á la lumbre en un rincón del jardín, y allí se dirijieron todas. Primeramente la señora partió un huevo para hacer ver lo que contenía á sus convidadas, que examinaron con la mayor curiosidad aquel trasparente líquido, en medio del cual flotaba un globito de un amarillo delicado: entonces la misma señora echó en el agua caliente tantos huevos como personas había allí, haciéndolos cocer durante algunos minutos; y en seguida los sirvió Marta, al mismo tiempo que pan y sal, enseñando á todas la

dueña de la casa la manera de abrirlos y comerlos.

Los huevos les parecieron excelentes, y prorumpieron en estas exclamaciones. ¡Qué manjar tan delicado! qué preciosa mezcla blanca y amarilla! qué alimento tan sano para un enfermo, y qué poco tiempo se necesita para preparar un huevo! La dama tomó otra igual cantidad, y los fué echando, ya fuera de los cascarones, en manteca hirviendo, lo que causó nueva sorpresa á la reunión.

—Mira ese círculo blanco que se forma al rededor de lo amarillo, semejante á la flor de nuestras praderas que llamamos *ojo de bucy*, decían algunas.

Los huevos fueron colocados en platos, y comidos como los anteriores. Después tocó su vez á una ensalada, y Bruno trajo una fuente de huevos, que habiéndolos dejado cocer largo rato se habían puesto duros. El chancero criado quiso dar un susto á las convidadas, y dejó caer á propósito unos cuantos desde la bandeja al suelo, lo que causó gran sobresalto á aquellas sencillas mujeres, que ya los juzgaron perdidos. La señora con mucha calma los fué levantando, y quitándoles la cáscara, los partió en pedazos pequeños, los que mezcló con la ensalada. Las pobres mujeres no volvían de su asombro, y solo podían atribuir aquello á un milagro. Después se sirvieron compuestos de otras diversas maneras, enseñándoles aquella amable señora que los huevos pueden entrar en

mil distintas preparaciones, siendo de todos modos un alimento agradable y sano.

Concluida la comida, la misteriosa dama completó su obsequio dando á cada una de sus convidadas un gallo y algunas gallinas, advirtiéndolas que cada una les produciria ciento y cincuenta huevos al año.

—Mas de cien huevos! exclamaron, qué recurso para una casa!

Las carboneras volvian á sus habitaciones poseidas de la mayor alegría, y todos en el valle, conmovidos de gratitud, bendecian á la noble extranjera, y daban gracias á la Providencia por aquel inesperado beneficio.

Durante mucho tiempo, las gallinas fueron objeto de la conversacion general, dando de continuo lugar á observaciones provechosas: el canto matinal del gallo los despertaba, anunciándoles que era la hora de entregarse á sus faenas, y todos se habian vuelto mas activos, y empezaban mas temprano su trabajo desde que se guiaban por él.

—Teneis razon, decia el molinero: el gallo os despierta por la mañana, y á media noche avisa á las alegres reuniones que velan hasta esa hora, que deben ya recogerse.

Las carboneras conocieron bien pronto el grito con que la gallina les avisaba que habia puesto un huevo, y toda la familia se regocijaba al escucharla.

—Ha puesto un huevo, decian, y tiene cuidado de avisarnos para que no se desperdicie su obra.

Todos convenian en que aquellos pájaros habian sido criados para provecho del hombre, rondando siempre la casa á que pertenecian, llegándose ó desapareciendo á la menor señal, y viniendo todas las tardes á recogerse en su gallinero. Su utilidad era tan grande como poco costoso su alimento, que con un poco de salvado ó unos granos de avena estaban satisfechos: ademas, ellas se le procuraban muchas veces corriendo por los campos en el tiempo de la recoleccion detrás de los labradores, buscando lo que aquellos dejaban caer, y haciendo con los huevos que ellas les daban productivos aquellos granos, que se hubieran perdido, si ellas con su pico no los hubieran ido recogiendo. No hay persona por pobre que sea que no pueda sostener una gallina, y con ella procurarse un diario alimento.

Los niños de la extranjera comprendieron á su vez de cuánto valor era un huevo, que en tantas ocasiones habia pasado desapercibido á sus ojos, recibéndolos con gran alegría para su desayuno, encontrándolos excelentes, cuando en otros tiempos apenas los llegaban á los lábios, y ahora los comian con el mayor gusto, dando gracias á Dios por su inmensa bondad.

IV.

Los huevos de colores.

Trás los hermosos días del otoño apareció el invierno, que aquel año fué de



los mas crudos que se habian conocido en el pais : por largo tiempo la nieve tuvo cubiertas las casas, dejando ver tan solo los extremos de algunas chimeneas: los caminos fueron obstruidos : el molino se vió precisado á suspender sus trabajos: y las cascadas, interrumpidas sus corrientes por el hielo, formaban caprichosos festones.

Inútil es decir que, mientras duró tan rigorosa estacion, fueron interceptadas todas las comunicaciones, y cada uno se vió obligado á vivir prisionero en su propia casa. Cuando sintieron deshacerse las nieves á la benéfica influencia de los primeros rayos del sol, saludaron todos con entusiasmo la vuelta de la primavera, y los niños del valle en cuanto pudieron reunirse fueron á visitar á la noble extranjera, y á ofrecer á sus dos hijos, Blanca y Eduardo, ramilletes de violetas y primaveras. flores modestas que se muestran en los primeros dias de sol y de alegría. Mas tarde, cuando ya los campos ofrecieron variadas flores, tejieron guirnaldas y coronas, que tuvieron el mismo destino.

—Es preciso, dijo entonces la mamá de los obsequiados, que yo procure á estos inocentes niños alguna diversion que les muestre mi agradecimiento. Los reuniré la próxima Pascua para enseñarles que semejantes dias deben ser celebrados por los niños. ¿Y qué voy á ofrecerles? En Navidad hubiera podido darles manzanas y nueces, que para nosotros hice traer, pero ya todo se ha con-

cluido, y hoy tan solo podria darles huevos. ¿Y por qué no? los huevos son el primer dón de la naturaleza.

—Si los huevos fueran siquiera de colores! replicó Marta; el blanco es precioso; pero sin duda, los distintos colores que presenta un canastillo de frutas, agradarian mucho mas á los niños.

Esceleute idea, dijo su ama: coceremos gran cantidad de huevos, y despues yo les daré colores á cual mas lindos, que sorprenderán á los niños.

Esta señora, algo instruida en botánica, conocia los vegetales que sirven para la tintura, y le fué facilísimo dar color á los huevos: los puso azul claro, oscuro, color de oro, encarnados, rosa, violeta, etc., y otros por último los jaspó. Luego sobre el color puso en cierto número de ellos una sentencia rimada, que enseñase algo á la inesperta inteligencia de los niños.

—Los huevos así embellecidos, dijo Marta, son mas que nunca á propósito en esta época, en que la naturaleza abandona su pálido traje, para adornarse con los mas bellos colores. A semejanza de Dios, vuestro noble corazon, señora, quiere darnos hermosos frutos que deleiten la vista y el paladar.

(Se continuará.)

J. G. B.



LOS NIÑOS REYES.

El último Tudor.



DUARDO VI, último de aquella noble familia, era hijo de Enrique VIII y de Juana Seymour.

Tenia este príncipe complexion delicada, y mas de una vez en su primera

edad se temió por su vida, amenazada por enfermedades continuas. En cambio habia recibido del cielo una inteligencia precoz y un talento extraordinario: la historia, la geografía, las matemáticas, le eran familiares, y poseia con perfección las lenguas latina, francesa é italiana: á la edad de catorce años sostenia una correspondencia en griego con su joven prima, la desgraciada Juana Grey, á quien dedicó algunos versos en italiano, que reunian á la delicadeza de los conceptos el mérito de la ejecucion. Era al mismo tiempo un niño afable, cariñoso y muy aplicado, y lo que valia mas que todo, tenia un buen corazón. A la edad de seis años le agradaba que le llevaran á pasear por las calles de Londres, y cuando encontraba algun niño pobremente vestido le preguntaba. ¿En qué se ocupa tu padre? Si es tan pobre que no gana para equiparte, el mio es bas-

tante rico para vestir á todos los pobres de Inglaterra. Llévame á tu casa, quiero ver á tu padre, y si está necesitado, como á mí me dan mucho dinero, no me empobreceré por darle algun socorro.

Unas veces le conducia su buen corazón á casa de un artesano enfermo: otras á casa de un militar arruinado por las calamidades de aquella desgraciada época: siempre la presencia del príncipe era un presagio de consuelo para las casas que visitaba. Nunca regresaba á palacio sin haber dado buena colocacion al dinero que llevaba en su limosnera. Naturalmente generoso, lo era hasta en el modo de ejercer su liberalidad. Cuando encontraba en la calle á algun chico parado y triste solia decirle. ¿Por qué no juegas? ¿No tienes juguetes? Pues mira, yo tengo muchos, porque todos me regalan. Vete mañana á palacio, y di tu nombre para que te permitan entrar: jugaremos juntos, y despues podras llevarte todos los juguetes que te agraden.

Muchos niños hubo que sacaron mas que juguetes de su visita al príncipe: algunas veces era el admitido hijo de un infeliz preso por deudas y por alguna falta leve de disciplina militar: su desgraciada familia se aprovechaba de tan feliz circunstancia para presentar una peticion al rey por medio de su hijo. Enrique VIII á pesar de su conocida crueldad se enternecia á los ruegos de su hijo, que se habia granjeado por su talen-

to y gentileza un imperio absoluto sobre su corazon.

Cuando á los siete años subió Eduardo al trono se acabaron para él estos alegres paseos en que tanto se gozaba: sus ministros temian alguna tentativa criminal de los partidarios de sus hermanas María é Isabel; pero Eduardo no olvidaba á los hijos del pueblo, y encargaba á sus oficiales llevasen sus beneficios á todas partes.

Así se popularizó entre las clases pobres el nombre de este príncipe generoso, pero mientras sus virtudes precoces le hacian partidarios, y sus talentos le granjeaban admiradores, el rey niño se veia precisado por sus ambiciosos ministros á firmar diariamente sentencias de muerte. Su noble corazon se oprimia, y se consideraba menos poderoso que cuando podia interponer su intercesion con su padre. Un dia que quiso ejercer su autoridad soberana rehusando firmar una sentencia de proscripcion, fué el último de su vida. Al otro dia apareció muerto, con síntomas de envenenamiento: era el 6 de Julio de 1583, y aun no habia cumplido los diez y seis años.

J. P.



LA HIJA DEL PLATERO.

Balada de Uhland.



Un anciano platero estaba sentado en su taller rodeado de perlas y de riquísimos aderezos, y decía á su hija.

—La mas preciosa de todas estas joyas eres tú, querida Elena, es tu virtuosísimo corazon, querida hija mia. ¡Dios te bendiga!

Sabido es que los espíritus celestiales se dan prisa á presentar ante el trono del Eterno las tiernas emociones de un padre que bendice á sus hijos, porque los ve marchar por el sendero de la virtud.

Nada hay imposible para el árbitro de los destinos.

No tardó mucho en presentarse en el taller del platero un hermoso jóven suntuosamente vestido.

—Buenos dias, mi querido maestro, buenos dias hermosa niña. Vengo á que apureis todo vuestro arte en hacer una magnífica diadema para mi novia, y una espléndida sortija para su torneada mano.

De allí á pocos dias la diadema salia resplandeciente de manos del platero; Elena la miraba con tristeza, y una vez que se vió sola en el taller, poniéndose la entre sus negras trenzas decía:

—Ah ! qué feliz será la jóven que ceñirá su frente con esta diadema ! qué feliz ! Pero si aquel caballero me diese una guirnalda de rosas yo tambien me creeria dichosa.

A los pocos dias se presentó el caballero : miró atentamente la diadema y exclamó :

—La diadema me parece digna de la cándida frente de mi novia..... dejadla ahí mientras acabais el anillo....

Elena vió marcharse el caballero y suspiró.

—Padre , dijo al artista , preciso es que te esmeres en poner las piedras mas preciosas en la sortija de esa jóven afortunada, que bien las merecerá sin duda.

Y cuando se quedó sola, y la esplendente sortija estuvo concluida , poniéndosela tristemente en el dedo decia :

—Qué feliz ! Ah ! qué feliz será la jóven que debe llevar este anillo ; pero si aquel caballero me regalase un solo rizo de sus cabellos , yo tambien me creeria dichosa.

El jóven volvió de allí á pocos dias.

—Nada tengo que decir respecto de vuestra obra : la sortija no es de menor mérito que la diadema. Pero quisiera ensayar, quisiera entrever cómo le sentarán estas joyas á la querida de mi alma.

—Tendriais la bondad, jóven , de dejaros poner esta diadema en vuestras sienes, y esta sortija en vuestra mano.... mi novia es así , tan hermosa como vos. No os dignareis hacerme este favor ?

Elena se levantó temblando de su asiento y se dirigió al extranjero : aun estaban mas descoloridas sus mejillas

que la blanca túnica que ondulaba en torno de su donoso talle.

El jóven puso en sus sienes la diadema, y en su mano de alabastro la brillante sortija, y luego arrebatado de entusiasmo exclamó :

—Elena , mi dulcísima Elena : dejémonos de chanzas , tú eres la novia, tú eres la amada de mi corazon , para tí se han labrado estas riquísimas joyas.

Tú te has criado aquí rodeada de oro y de perlas ; ¿ pero qué perla habrá que valga tanto como tu purísimo corazon ?

Y el anciano sonriendo exclamaba :

—La mas preciosa de todas mis joyas es esta hija virtuosa y obediente. El Cielo os conceda su bendicion , hijos míos !

LAS MUJERES Y LOS NIÑOS.



BIERTAMENTE conmueve y consuela el alma la tierna simpatía que une á los niños y las mujeres, ya sean estas madres ó no hayan sentido los dolores y los goces de la maternidad. Un pobre niño sin amparo acude en vano al corazon del

hombre, pero nunca acude en vano al de la mujer. Cuando cubierto de harapos, tiritando de frio y estenuado de hambre implora la caridad pública en una calle ó á la orilla de un camino, conatad los hombres y las mujeres que se acercan á socorrerle y consolarle, y ve-

reis que el número de los primeros es mucho menor que el de las segundas. ¡Qué palabras tan dulces se escapan entonces del lábio de las mujeres!

—No tienes madre?

—Pobre hijo del alma!

—Angel de Dios!

—Ay de las madres que paren hijos para verlos así!

Tales son las palabras que el lábio femenino hace resonar en torno del niño desamparado.

Volved la vista á los serenos días de vuestra niñez, recordad cuál de los dos séres enjugaba vuestras lágrimas, sellaba vuestra mejilla con sus labios, os arrullaba en sus cantares, velaba vuestro sueño, tomaba parte en vuestros juegos, adivinaba vuestros deseos y los satisfacía, lloraba vuestras dolencias y celebraba con profundo regocijo vuestra salud y vuestra alegría. El nombre de una mujer irá siempre unido á estos recuerdos, sea ó no el de vuestra madre. Dios que lo previene todo, que jamás abandona enteramente á los débiles, ha dado al niño una madre en cada mujer.

Id por esas calles, recorred esas aldeas, entrad en la morada del rico, pasad luego á la del pobre, y aunque Dios os haya dado una alma vulgar y un corazón de piedra, encontrareis la esencia de la poesía y el sentimiento en la multitud de nombres con que en todas partes y en todas condiciones espresan las mujeres su ternura á los niños.

—Amor mio!

—Sol mio!

—Embeleso mio!

—Gloria mia! — esclaman, besan-

do con delirio la rosada mejilla de un ángel. Y estos nombres, no estudiados, sino salidos espontáneamente del corazón, y emanados del mas puro de los sentimientos, ¿no valen tanto como todas las frases amorosas que pueden inventar los poetas?

El sentimiento que los niños inspiran á la mujer, arranca á ésta de la esfera comun, sublima su espíritu en alas del fuego sacro de la poesía. Cuando veais á la mujer mas vulgar en el colmo de ese sentimiento, preguntadle, por ejemplo, porqué quiere á los niños, y os contestará estas palabras ú otras semejantes:

—Porque busco ángeles en la tierra, y solo los encuentro en ellos.

Si por otras virtudes, si por otros encantos, si por otros sentimientos no merecieran las mujeres el amor de todas las almas sensibles y generosas, le merecieran por esa santa simpatía que encuentran los niños en su corazón.

Benditos y amados sean los que comprenden y experimentan el sentimiento que movió el lábio del divino Nazareno cuando dijo: «Dejad que los niños se acerquen á mí.»

ANTONIO DE TRUEBA.



PLUTARCO DE LOS NIÑOS.

EDAD MEDIA.

ABOUL WALIS.

Nació en Córdoba el año 962 y dedicóse al estudio de la historia, para el que poseía excelentes dotes, segun vemos en los fragmentos que se conservan de su *Diccionario biográfico de teólogos árabes*, y de su *Historia de los poetas andaluces*. Murió en 1013.

ALBUCASIS.

Segun Casiri, el historiador y biógrafo de los árabes, murió en 1122 en Córdoba, su patria. Escribió una obra eminente sobre operaciones quirúrgicas, donde un sábio extranjero halla invenciones, que despues se han atribuido á los célebres Pareo y Petit: entre ellas una de las notables es la de haber sustituido los instrumenton de hierro á los de plata y oro. Su obra es la fuente en que beben la buena doctrina los cirujanos modernos.

SAN ISIDRO LABRADOR.

Este excelso patron de Madrid nació en la misma villa en 1081, fué criado de labranza de D. Iban de Vargas, y marido de Santa María de la Cabeza. Sus virtudes y milagros no tienen número. Se cree que fuera San Isidro el pastor

angelical que en las Navas de Tolosa guió al ejército castellano contra los moros. Muerto en 15 de Mayo de 1172, fué canonizado en 1620. Se conserva incorrupto, casi en el mismo estado en que le abandonó la vida hace mas de seis siglos y medio. Las tierras que labraba son las mismas donde hoy se eleva su ermita, allende el Manzanares.

ABENZOAR.

Ciento treinta y cinco años se cuenta que alcanzó de vida este sábio médico, autor del *Taysir*, libro muy superior, segun los historiadores de la medicina, á los del famoso Avicena, el persa. Tuvo muchos discípulos célebres, entre ellos el cordobés Aberroes. Murió Abenzoar en Sevilla en 1179.

ABERROES.

Célebre médico árabe de Córdoba, hijo de un gran sacerdote, tan dado á la filosofía, que hizo dudar de su fé mahometana: floreció en el siglo XII, dejando escritos muchos libros de medicina y filosofía, ademas de ejercer cargos muy altos, como el de juez de la Mauritania, donde hizo notables reformas administrativas; pero procesado por sus ideas filosóficas, que se acercaban no poco á la religion cristiana, le sentenció el califa de Marruecos á situarse los viernes á la puerta de la mezquita con la cabeza descubierta, para que el pueblo le insultára.

D. JAIME EL CONQUISTADOR.

Hijo de D. Pedro II de Aragon y doña María de Mompeller, nació este ilustre príncipe el 1.º de Febrero de 1207, gracias á una mistificación que él mismo y sus cronistas refieren. Entregado por su padre en prenda de alianza á Simon de Monforte, fué devuelto por éste cuando murió D. Pedro, permaneciendo desde entonces bajo la guarda de los templarios en el castillo de Monzon, para salvarle de sus tíos que aspiraban al trono. Recibido con entusiasmo por los zaragozanos, tomó niño aun las riendas del gobierno, y fué pasmo de las gentes el precoz desarrollo de su inteligencia. En un disturbio promovido por los ambiciosos nobles, llegaron á tenerle preso en Zaragoza; pero su admirable serenidad y el valor de sus jóvenes amigos, bastaron á libertarle. Afirmado ya su poder, pensó estenderle á costa de los sarracenos, y emprendió primeramente la conquista de las Baleares, y la de Valencia despues, desplegando en ambas sus altas dotes guerreras. Llegó hasta el Soldan de Egipto la fama de sus victorias; y temiendo que emprendiese una cruzada para rescatar el Santo Sepulcro, envióle un embajador con ricos presentes. No tuvo este mensaje el efecto apetecido, porque rematada la conquista de Murcia, que D. Jaime entregó lealmente á su antiguo dueño el rey de Castilla, dispuso la cruzada, que no llegó á realizarse con harto sentimiento suyo. Debilitado y enfermo, determinaba de tomar el hábito religioso y renunciar al trono,

cuando agravada su enfermedad, murió en 27 de Julio de 1276. Fué tan amante de la justicia, como de la gloria; respetaba la opinion de los hombres ilustrados; reprimia los abusos, y rayó tan alta su prudente política, que para asegurarse la cooperacion de sus súbditos, convocaba siempre las Córtes antes de acometer sus heroicas empresas.

SAN FERNANDO.

Tercer rey de este nombre en Castilla, á los diez y seis ó diez y ocho años de edad fué proclamado en Nájera, debajo de un olmo, en 1217, y al momento renovó la guerra de Andalucía, para curarla de la peste mora. Al cabo, en 20 de Agosto de 1247, llegó á plantar sus reales en los campos de Tablada, cerca de Sevilla, donde en 22 de Noviembre del siguiente año entró triunfante, despues de un penoso cerco, nuncio ya en trances de honor y heroismo del cerco de Granada. En este intervalo se le habia rendido Carmona; y despues de Sevilla, se le rindieron Jerez, Medina-Sidonia, Aznalfarache y Alpechin, que era lo mejor que en aquel reino poseían los moros. Bríos y celos por la religion sobaban á D. Fernando para acabar con ellos; pero Dios lo dispuso de otro modo, llamándole á su presencia en Sevilla, á 31 de Mayo de 1252. Sus victorias dicen lo que fué como Rey; como cristiano le calificó el Papa Clemente X, colocándole en los altares en 1671.

MODESTO INFANTE.

BASES DE LA PUBLICACION.

Este periódico se publica por entregas, repartiéndose cuatro al mes, y acompañando á cada una, cuando no lleve grabados en el testo, una lámina litografiada, entre las que se dará en cada estacion un figurin de Modas para niño. Cada mes se repartirá ademas otra enciclopédica de doble tamaño.

Las suscripciones principian desde 1.º de Abril.

Los números de los seis primeros meses formarán un liudo tomo, para cuya encuadernacion se repartirá un índice, con su cubierta en papel de color.

PRECIO DE SUSCRICION.

En Madrid 3 rs. al mes: 8 rs. trimestre: 15 medio año.

En Provincias 12 rs. trimestre: 20 medio año.

Con las láminas enciclopédicas.—Un real mas al mes respectivamente.

A las señoras Directoras de Colegios, ó maestras de niñas, que lo deseen se les enviará en lugar de lámina enciclopédica un pliego de dibujos de bordados y otras labores.

Los señores Directores de Colegio, ó maestros de instruccion primaria que pidan cuatro suscripciones recibirán gratis la suya.

PUNTOS DE SUSCRICION.

EN MADRID. En la *Administración del Periódico*, calle de las Huertas, núm. 42; Pelegrini, Caballero de Gracia, núm. 8; Librerías de Cuesta, calle Mayor; Bailli-Balliere, calle del Príncipe; Perez, calle de Carretas; *La Publicidad*, Pasaje de Maten; L. Lopez, calle del Cármen, núm. 29, y Duran, calle de la Victoria; Sanchez Rubio, calle del Prado; Dochao, calle de Jacometrezo.

EN PROVINCIAS. En las principales Librerías y Administraciones de Correos, ó directamente remitiendo el importe en libranzas sobre Correos ú otras de fácil cobro, en carta franca con sobre al Editor del Periódico ó en sellos en carta certificada.